

*La dictadura en el proceso de la construcción del  
Estado: el México de Porfirio Díaz y la Turquía de  
Kemal Atatürk*

---

**Antonio de la Cuesta Colunga**

**L**a construcción del Estado de ningún modo es una tarea simple. Peor aún, la creación de un “nuevo” Estado a partir de los despojos de un antiguo régimen implica un reto todavía mayor. Además, al revisar la experiencia histórica universal, cuando un grupo político llega al poder en estas condiciones, el primer obstáculo al que generalmente se enfrentará –salvo si se presentan circunstancias muy específicas– lo constituyen los restos de la depuesta élite gobernante. Este grupo de individuos conserva muchos de sus vínculos con ciertos sectores de la sociedad y, por ende, mantiene en buena medida su poder de influencia sobre ella. Así, los nuevos líderes tienen ante sí el gran desafío de cooptar o desvanecer –ante la imposibilidad fáctica de desaparecer por completo– las inercias sociales, políticas e ideológicas heredadas de sus predecesores. Muchos liderazgos han fallado en cumplir este requisito fundamental para la estabilidad de un nuevo proyecto de Estado y las fuerzas del antiguo régimen acaban por retomar el control, ya sea concediendo reformas al sistema político producto de la momentánea pérdida del poder, regresando con mano más dura o, simplemente, reinstaurándose en la cima. Sin embargo, algunos otros ejemplos sí ilustran éxitos más perdurables en la institución de nuevos regímenes. Cabe destacar que los procedimientos utilizados para triunfar sobre los remanentes del antiguo régimen han sido muy distintos, yendo desde la conciliación hasta el establecimiento de férreas dictaduras personales.

Alrededor de sesenta años después de la disolución del Virreinato de la Nueva España, el proyecto republicano mexicano por fin pudo tener un lapso de relativa estabilidad con la instauración de la *pax porfiriana*, es decir, el gobierno de

35 años en los cuales, de forma directa o indirecta, el general Porfirio Díaz (1830-1915) tomó las riendas del país. Díaz se impuso a las distintas facciones del Partido Liberal, cuya lucha por el poder en el seno de la República Restaurada se recrudeció tras la muerte de su principal líder, Benito Juárez, en julio de 1872. Don Porfirio tuvo el talento no sólo para dirimir disputas, sino para neutralizar a sus oponentes. Sin lugar a dudas, el Porfiriato (1876-1911) sentó los cimientos en pos de la transformación de México de una colonia huérfana y desgarrada a un Estado-nación.

En la década de 1920, justo en la frontera entre Occidente y el Oriente musulmán, hay un ejemplo de dictadura unipersonal como constructora del Estado-nación: el régimen turco de Mustafá Kemal Atatürk (c.1881-1938). Atatürk, alguna vez militar de alto rango en el Ejército Imperial Otomano, fue quien guió la transición para convertir a un vasto, desorganizado y decadente imperio en una compacta nación con sede en la histórica península de Anatolia. Atatürk pudo aprovechar tanto el fracaso del régimen “revolucionario” de los denominados Jóvenes Turcos, como la derrota otomana ante las potencias aliadas en la primera guerra mundial, a fin de crear una nueva república turca libre de los centenarios conflictos étnicos y culturales producto de la gran diversidad humana propia del vasto imperio otomano. El presidente Atatürk gobernó su país durante 15 años, durante los cuales intentó convertir a Turquía en una nación occidental, conjugando elementos de su admirada cultura europea –algo que de entrada ya comparte con Díaz– con los rasgos ancestrales de la riquísima tradición turca. Atatürk utilizó sus extraordinarias habilidades como estrategia político y militar para mantener a sus enemigos bajo control, contener el descontento social y, sobre todo, terminar con una estructura religiosa-gubernamental cuyo sustento era la ortodoxia islámica.

#### CONTEXTOS HISTÓRICOS

##### *a) México antes de la presidencia de Díaz*

El primer medio siglo del México independiente se caracterizó por la lucha entre dos facciones políticas, los liberales y los conservadores, quienes a su vez descendían de las logias yorkina y escocesa, respectivamente, cuyo auge se inscribió en

las décadas de 1820 y 1830. La falta de acuerdos, la presencia de líderes codiciosos, la constante crisis económica, el continuo estado de guerra, así como otros factores de desestabilización, constituyeron la norma en el periodo comprendido entre 1821 –cuando se consuma la independencia– y 1867 –fecha de la caída del imperio de Maximiliano. La derrota del efímero emperador Habsburgo no sólo significó el final del sueño expansionista de Napoleón III en América, sino también el total descrédito para el Partido Conservador, el cual había apoyado con vehemencia el proyecto de la intervención francesa.

En 1867, el presidente Benito Juárez sería el encargado de encabezar la llamada República Restaurada, durante la cual trató con mano de hierro los vestigios conservadores e intentó controlar a varios oficiales militares descontentos con el régimen republicano y el liderazgo juarista. Así, Juárez utilizó sus renovados poderes presidenciales para tomar el control de las instituciones políticas fundamentales del país, es decir, el Congreso y la Suprema Corte de Justicia. Esta medida con toda claridad violaba la Constitución de 1857, establecida por un gobierno liberal y supuestamente respaldada por Juárez. Ante esto, los primeros en levantar la mano contra el autoritarismo presidencial fueron algunos grupos de militares, pero fueron reprimidos con gran dureza. Quienes optaron por ceñirse a los medios institucionales de acceso al poder debieron esperar hasta las elecciones generales de 1872 para tener una oportunidad de vencer a Juárez en las urnas. Sin embargo, el presidente obtuvo su reelección inmerso en un ambiente de severos cuestionamientos sobre la legalidad de los resultados de los comicios. El general Porfirio Díaz –quien peleó por las causas liberales en distintas ocasiones desde la Guerra de Reforma hasta la resistencia contra la intervención francesa– fue el principal contendiente de Juárez en la elección y acusó al gobierno de haber planeado un vergonzoso y descarado fraude a favor del primer mandatario. Así, Díaz denunció en el Plan de la Noria que “la reelección indefinida, forzada y violenta del Ejecutivo [ha puesto] en peligro las instituciones nacionales”.<sup>1</sup> Al final, la rebelión de La Noria habría de ser aplacada, aunque, de todos modos, Juárez no disfrutaría mucho tiempo su triunfo, al morir en julio de 1872.

---

<sup>1</sup> Ernesto De la Torre Villar, “La administración del presidente Juárez (1867-1872)”, en Miguel León Portilla, *Historia de México*, México, Salvat, 1974, p. 104.

El entonces presidente de la Suprema Corte de Justicia, Sebastián Lerdo de Tejada, asumió la presidencia de la República. De inmediato, Lerdo ofreció una amnistía a los líderes de La Noria, incluyendo a Díaz. Por desgracia, la continuación del autoritarismo presidencial, combinada con la permanencia del descontento en amplios sectores castrenses, dieron lugar a nuevos levantamientos por toda la nación, cuyo punto más álgido vino después de la reelección de Lerdo en los comicios de 1876. Entonces, un grupo de insurgentes militares proclamaron el Plan de Tuxtepec, declarándose a favor de la no reelección y designando a Díaz como líder de la rebelión, ahora antilerdista. Díaz “había acusado al presidente Lerdo [de] haber matado el comercio, asfixiado a la industria, paralizado a la agricultura y empobrecido el empleo, [al ordenar] altísimos impuestos y utilizar métodos arbitrarios”.<sup>2</sup> Para infortunio de Lerdo, él también tendría como uno de sus opositores a quien lo había sucedido en la Suprema Corte, José María Iglesias. Iglesias volvería a tomar el cargo vacante de Lerdo cuando éste dejó la presidencia y huyó a Estados Unidos. Sin embargo, el nuevo Ejecutivo no tenía el respaldo suficiente de los militares y muy pronto fue obligado a abandonar su puesto y la Ciudad de México. Luego de estos acontecimientos, el general Díaz entraría triunfante a la capital en noviembre de 1876, apropiándose de la silla presidencial, la cual no dejaría *de facto* sino hasta 1911.<sup>3</sup>

*b) Los últimos años del imperio otomano*

1876 es un año clave en la historia de Turquía. Abdul Hamid II es coronado sultán otomano tras la destitución de su hermano mayor, quien había sido declarado no apto para el gobierno debido a sus problemas de alcoholismo –algo muy penado en la ley islámica. El imperio otomano sufría graves conflictos étnicos en sus posesiones en los Balcanes –algo no muy sorpresivo. Ante esta situación –en un patrón también muy familiar–, las principales potencias europeas decidieron intervenir en la resolución del conflicto y se reunieron con el sultán en Constantinopla. Como resultado de este encuentro, Hamid II prometió emprender el diseño de

<sup>2</sup> Daniel Cosío Villegas, *Estados Unidos contra Porfirio Díaz*, México, Clío, 1997, p. 36.

<sup>3</sup> Cabe recordar el periodo entre 1880 y 1884 cuando Manuel González asumió la presidencia de la República, no sin los auspicios y cercana supervisión de Díaz.

una nueva Constitución, en la cual se ofrecería a todos los grupos étnicos sometidos al imperio la oportunidad de tener representación en un parlamento. No obstante, el proyecto de monarquía parlamentaria no satisfizo a la mayoría de los sectores eslavos asentados en la región balcánica. Su idea no era seguir bajo la dominación musulmana, sino fundar su propia nación. Este deseo, evidentemente mal acogido por las autoridades otomanas, era bien visto por Rusia. Por tanto, el tsar Alejandro II aprovechó el descontento de los eslavos y declaró la guerra a los otomanos en 1877. A su vez, la intervención rusa fue el pretexto perfecto para que el sultán decidiera abolir la naciente Constitución –y de paso al parlamento– y reestablecer la monarquía absoluta.

El fracaso del incipiente régimen parlamentario en el imperio otomano significó la derrota del último y más alentador intento por materializar el sueño del “otomanismo”, es decir, una unidad política estable donde las diferentes etnias y culturas dentro del sultanato (valaquijs, bosnios, serbios, croatas, árabes, turcos, kurdos, etc.)<sup>4</sup> pudieran vivir de forma pacífica. Aunque la guerra ruso-turca no terminó con el imperio, su situación continuó erosionándose durante el resto del siglo XIX y principios del XX.

El autoritarismo, la carencia de libertades y la creciente represión fueron característicos del reinado de Hamid II. Paradójicamente, los primeros signos de inconformidad aparecerían en el corazón mismo del aparato imperial: la joven élite militar. En 1896, cadetes de la Escuela de Medicina Militar emprendieron sin éxito un golpe de Estado en contra del sultán. Después, distintos oficiales militares alentaron la formación de movimientos cuya principal demanda era la restauración del régimen constitucional de 1876. Sin embargo, la mayoría de estos intentos fueron infructuosos, en especial porque no tuvieron la capacidad de agenciarse suficientes seguidores. Sería hasta 1908 cuando el Comité de la Unión y el Progreso (CUP) –integrado por un grupo de oficiales castrenses bien entrenados y educa-

---

<sup>4</sup> “Los variados grupos lingüísticos y étnicos dentro del imperio [otomano] –turcos, árabes, griegos, kurdos, búlgaros, y muchos otros; musulmanes, cristianos de distintas iglesias, y judíos –se encontraban atados a un endeble sistema administrativo, el cual permitía un considerable campo de acción para el ejercicio de autonomías étnicas y locales...[Además], estos grupos diversos estaban interconectados por un sistema de división del trabajo que generaba una relación simbiótica entre estos sectores”, Dankwart A. Rustow, “The Army and the Founding of the Turkish Republic”, *World Politics*, XI-4, julio de 1959, p. 515.

dos en las academias imperiales—pudo encabezar una revolución armada que obligaría a Hamid II a restituir ciertas provisiones de la Constitución de 1876, aunque no se destituyó al sultán. Este importante evento sería denominado por la historiografía occidental como la “Revolución de los Jóvenes Turcos”.<sup>5</sup>

A partir del triunfo de la revolución, surgió el liderazgo de un triunvirato de jóvenes militares: Enver Bey, Talaat y Djemel Bey. Estos tres personajes dominarían la escena política durante los últimos años de existencia del imperio otomano, reduciendo la autoridad del sultán a un mero símbolo. Desafortunadamente, la restauración de la monarquía parlamentaria no ayudó a fortalecer la resquebrajada unidad imperial; por el contrario, exacerbó los sentimientos nacionalistas entre varios pueblos bajo el yugo otomano, en particular en territorio europeo. De hecho, la victoria de los “Jóvenes Turcos” fue el marco para el inicio del desmembramiento del imperio; la independencia de Bulgaria (1908), la anexión de Bosnia al imperio austro-húngaro (1908), la incorporación de Creta a Grecia (1908) y las llamadas Guerras Balcánicas (1912-1913) fueron los primeros resultados del manejo débil, corrupto e impulsivo del gobierno por parte del triunvirato militar. El llamado “hombre enfermo de Europa” ya se encontraba en plena agonía.

La degradación de la autoridad otomana en sus posesiones europeas fue consecuencia, en buena medida, de la intensa presión ejercida por los imperios vecinos, es decir, Austria-Hungría y Rusia, quienes respaldaban cualquier insurrección en la región de los Balcanes o en Rumelia (en los actuales territorios de Tracia y Macedonia ya incorporados a Grecia y parte de Bulgaria). El poder de los sultanes había conseguido rechazar con éxito las distintas embestidas militares de las potencias vecinas en el transcurso de los siglos, pero la incapacidad y el desorden del triunvirato militar sólo pudieron presenciar cómo se desmoronaban las fronteras occidentales del imperio. De acuerdo con Balfour, “[en la revolución de 1908] no había ni una ideología, ni un programa que la respaldase, mucho menos un entendimiento sobre los problemas fundamentales que aquejaban al Estado otomano”.<sup>6</sup> Por tal razón, la implantación de un maltrecho régimen parlamenta-

---

<sup>5</sup> Los miembros del CUP, así como otras escuelas historiográficas, prefieren referirse a este movimiento como la “Revolución de los Nuevos Turcos”.

<sup>6</sup> Patrick Balfour, *Atatürk. A Biography of Mustafa Kemal, Father of Modern Turkey*, Nueva York, William Morrow and Sons, 1965, p. 38.

rio sería incapaz de terminar con cuestiones como la incómoda situación experimentada por la población musulmana radicada en la Europa otomana, la cual constituía una minoría perseguida en su propia tierra, víctima de los constantes levantamientos nacionalistas eslavos.

Al estallar la primera guerra mundial, el triunvirato encabezado por Enver, entonces Ministro Imperial de Guerra, decidió unirse a las potencias centrales al firmar un pacto secreto con Alemania en 1914. El cálculo de los líderes otomanos era que, por medio de la alianza con el káiser, podrían tener de su lado a un poderoso aliado contra un eventual ataque ruso, pero la secrecía del acuerdo le garantizaría mantener el apoyo de Francia y la Gran Bretaña bajo el ya oxidado sistema de alianzas decimonónico. No obstante, como es bien sabido, el complejo esquema de alianzas que rigieron las relaciones europeas durante buena parte del siglo XIX fue uno de los detonadores primordiales del conflicto internacional de 1914. En este contexto, en general, el eslabón más débil es el primero en quebrarse y esta premisa, sin duda, no fue tomada en cuenta por el triunvirato. Confiados en su imaginario de la dinámica de alianzas, los otomanos bombardearon varios puertos rusos en el Mar Negro en octubre de 1914, provocando la inmediata declaración de guerra del tsar Nicolás II. Con esta acción, el imperio otomano activó la alianza de Rusia con París y Londres, quienes también oficializaron hostilidades contra Constantinopla, significando la virtual sentencia de muerte para el sultanato. Acto seguido, los miembros de la llamada *Entente Cordiale*, sustentándose en la legitimidad del *ius belli*, invadieron y capturaron los territorios otomanos en el norte de África y el Medio Oriente. Además, tomando ventaja del desconcierto en el imperio, el líder de La Meca declaró la independencia de Arabia en 1916, un acontecimiento que precipitaría el resquebrajamiento de las fronteras imperiales, ahora al oriente. Asimismo, la derrota de las potencias centrales dejó en total desamparo al sultán y al fallido triunvirato. Para 1918, tanto la resistencia como su imperio de más de 450 años habían concluido para los otomanos y los dominios del sultán de Constantinopla se habían reducido a la península de Anatolia –más o menos como permanecen las fronteras de Turquía hasta nuestros días–, pero incluso este territorio peligraba ante la amenaza de griegos y búlgaros, quienes pretendían reclamar posesiones en las costas de los mares Egeo y Negro, respectivamente. Fue entonces cuando Mustafá Kemal, quien en ese tiempo se desem-

peñaba como comandante e inspector general de la armada imperial otomana, vio la oportunidad de construir un Estado-nación secular moderno para los turcos. En 1919, Kemal –quien fue uno de los participantes en la “Revolución de los Jóvenes Turcos”–renunció al ejército imperial, se declaró en rebeldía y proclamó la independencia del pueblo turco, desconociendo la autoridad del sultán. Convocó a un Congreso Nacionalista, estableció los cuarteles generales de su movimiento en Angora (actual Ankara) y dirigió con éxito la defensa en contra de las tropas invasoras griegas, lo cual terminó de asegurarle el respeto de sus compatriotas. Así, luego de declararse la fundación de la República de Turquía en 1923, la Asamblea Nacional concedió a Mustafá Kemal la presidencia de la república, cargo que ostentaría hasta unos días antes de su muerte en 1938.

#### LA IMPOSICIÓN DE LA ESTABILIDAD EN LA CONSTRUCCIÓN DEL ESTADO

Sin duda, los ideales occidentales de la democracia representativa y la soberanía popular no comulgan con la existencia de prolongadas dictaduras personales como fueron las de Atatürk y Díaz. Tanto Atatürk como Díaz gobernaron sus respectivas naciones por largos periodos de tiempo (el turco lo hizo por 15 años entre 1923 y 1938, y el mexicano por 31, en dos periodos: 1876-1880 y 1884-1911).

En los casos de Turquía y México no había Estado. Cuando el imperio otomano cae, los turcos deben construir su nación a partir de las ruinas del sultanato. Por su parte, Díaz se enfrentaba al reto de estabilizar al país después de varias décadas de un virtual estado de guerra civil permanente. Ambos dictadores se consideraban afines a la tradición liberal, pero pensaban que antes de estar en posición de crear un sistema de instituciones representativas y democráticas era imperativo utilizar los medios necesarios para sentar las bases de un Estado estable. Aunque esto sonaría abominable en el contexto del ideario ilustrado propio del Occidente moderno, en realidad no es en lo absoluto ajeno a la evolución política europea. De hecho, la construcción de los primeros Estados europeos se sustentó en la ambición de señores feudales despóticos, represores y beligerantes, quienes constituyen las raíces de las casas monárquicas europeas. Tanto feudales como monarcas impusieron su autoridad, a través de los medios necesarios, con el afán de estabilizar su poder.

Sin embargo, a partir del siglo XVIII, el pensamiento ilustrado europeo introdujo un nuevo paradigma en la concepción del Estado-nación: la construcción de un régimen institucional, democrático y representativo. La Ilustración no sólo negó el argumento de la legitimidad divina de los monarcas para darla al pueblo,<sup>7</sup> también reclamó ante el agotamiento político y económico del modelo monárquico. En esencia, su intención era devolver la estabilidad al Estado.

Cuando Occidente abraza la idea de la democracia representativa, su periferia —es decir, sus colonias y dominios en el resto del planeta— se enfrenta a la disyuntiva entre adoptar este nuevo modelo, ajeno a su tradición política, o conservar el esquema de gobiernos unipersonales existentes antes de haber sido convertidos en posesiones o subsidiarias de las potencias europeas. Por ejemplo, tras declarar su independencia, las colonias en Iberoamérica no conocían otra forma de gobierno diferente a la de la dominación española, portuguesa o francesa, además de carecer de instrumentos de representación ante sus metrópolis, al menos durante tres siglos. Los latinoamericanos importaron los dos principales modelos de la tradición de Occidente e intentaron adaptarlos a su circunstancia. Así, el monarquismo degeneró en autoritarismo, y la democracia representativa se convirtió en caos. El problema no radicaba en elegir una forma de gobierno, sino en crear la estructura del Estado.

Algo similar sucedió cuando se pretendió romper con una larga tradición gubernamental como el *sui generis* sistema sultánico. Cuando cayó el imperio otomano, surgieron, aparte de Turquía, los protectorados británicos y franceses (Siria, Líbano, Palestina, Irak, Egipto, por ejemplo) y los estados monárquicos (Arabia Saudita y Jordania). Paradójicamente, iba a ser en el mismo corazón del imperio otomano, en la actual Turquía, donde tendría más éxito la construcción de las bases de un Estado-nación bajo los cánones occidentales, aunque bajo los auspicios de una dictadura “ilustrada”.

Tanto en el caso turco como en el mexicano, el contacto con la aparentemente exitosa tradición política de Occidente propició el surgimiento de líderes, intelectuales e ideólogos que comulgaban con el ideario occidental y quisieron trasplan-

---

<sup>7</sup> Por ejemplo, en la Declaración de Independencia de Estados Unidos, promulgada en 1776, se estipulaba que los derechos del pueblo “eran otorgados por su Creador”.

tarlo a sus proyectos nacionales. Sin duda alguna, Atatürk y Díaz entran en esta categoría de personajes. No obstante, ambos pensaban que un concepto ilustrado como la democracia representativa requiere de varios componentes sociales afines a sus ideales, los cuales, en Occidente, fueron construidos por el devenir histórico de sus pueblos. Además, la evolución histórica de Europa había sentado (no en todas partes) bases sólidas para los Estados democráticos. Ni México ni Turquía contaban siquiera con un Estado. Por tanto, la imposición parecía ser la opción más factible para, primero, estabilizar al país y ejercer controles sociales suficientes y eficaces a fin de poder construir el Estado. Una vez hecho esto, ya podría venir la democracia representativa. Como se verá más adelante, ni Díaz ni Atatürk supieron cuándo dar el siguiente paso.

*a) Porfirio Díaz y la construcción de la legitimidad del líder*

Díaz concebía la estabilidad como el primer paso hacia la construcción no sólo del Estado-nación mexicano, sino también como el requisito fundamental a fin de sentar las bases de una democracia. Díaz fue el primer presidente del México independiente que pudo permanecer en el poder el suficiente tiempo para lograr la estabilidad y traer el desarrollo económico al país. Paradójicamente, este estado de cosas se consiguió por medio de tres décadas de dictadura, aun cuando el mismo Díaz había llegado a la presidencia con un movimiento partidario de la no reelección.

Durante los primeros cuatro años de gobierno de Díaz (1876-1880), el general se caracterizó por su mano de hierro contra sus oponentes políticos y militares, lo cual le valió la confianza de un pueblo mexicano hartado de las constantes rebeliones y conflictos armados. Además, el presidente emprendió una estrategia de purga pacífica de sus colaboradores, a quienes les otorgó *carte blanche* –hasta cierto punto– de los asuntos políticos en los gobiernos estatales y municipales bajo su jurisdicción. Como lo había previsto Díaz, muchos de estos funcionarios siguieron prácticas corruptas y cometieron abusos contra la población; de inmediato fueron castigados por el general, quien ganó muy buena reputación. Por si fuera poco, Díaz refrendó su imagen como hombre de compromisos al respetar el principio de no reelección, violado en anteriores ocasiones por Juárez y Lerdo, cuando no se presentó en los comicios de 1880. Empero, el ganador de la elección, Manuel

González, era un individuo muy cercano a Díaz e hizo todo lo posible para el regreso del general. Tras su victoria electoral en 1884, Díaz se apresuró a denunciar los excesos de algunos miembros del gabinete gonzalista y se deslindó por completo de su predecesor, aunque nunca dejó de protegerlo. La Constitución fue reformada para, primero, legalizar un periodo de reelección consecutiva y, al final, derogar el polémico principio de la no reelección. Sin negar la presencia de inconformidad en algunos sectores de la sociedad y la política ante esta traición a la legalidad democrática, el presidente pudo erigir un escudo de legitimidad con el prestigio de su lucha contra funcionarios corruptos y el control de militares rebeldes. Don Porfirio se había erigido como líder infalible de la nación mexicana.

*b) Atatürk, “padre de los turcos”*

Paradójicamente, en Turquía, Atatürk se benefició de la tradición de gobiernos unipersonales en la península de Anatolia, la cual databa del imperio bizantino. A pesar de esto, el ideal de Kemal era el establecimiento de una democracia inspirada en los modelos europeos. Es cierto que la proclamación de la república parlamentaria de 1923 significó la creación de un sistema donde Atatürk tuvo todas las prerrogativas políticas y administrativas, pero el antiguo “Joven Turco” estaba convencido de su responsabilidad de conducir a su país hacia un régimen democrático secular –sin importar si era necesario un periodo transitorio de autoritarismo. Atatürk consideraba como un enorme peligro el régimen parlamentario sin algún tipo de acotación –la suya, por supuesto–; temía las presiones de lo que él llamaba la “reacción religiosa”, es decir, los partidarios del regreso del sultán. Los enemigos de la república eran la principal amenaza a la estabilidad del naciente Estado turco.<sup>8</sup>

Su principal argumento para convencer a su pueblo acerca de la necesidad de secularizar el Estado fue que “los turcos [habían] ‘adoptado’ el islam, mientras los árabes no habían tenido una tradición diferente fuera del credo [musulmán]”.<sup>9</sup>

---

<sup>8</sup> “Durante las décadas de 1920 y 1930, la libertad de los grupos políticos tuvo que ser coartada en muchas ocasiones a fin de llevar adelante los ideales de la revolución kemalista y así poder modernizar el país”, Firouz Bahrapour, *Turkey: Political and Social Transformation*, Brooklyn, Theo Gaus’ Sons Inc., 1967, p. 15.

<sup>9</sup> Richard Pfaff, “Disengagement from Traditionalism in Turkey and Iran”, en *The Western Political Quarterly*, v. 16, n. 1, marzo 1963, p. 85.

Sin embargo, Kemal estaba conciente de las fuertes raíces dejadas por el islam en la península tras 450 años de dominación. De hecho, la primera revuelta nacionalista de 1919 se había presentado como un movimiento “necesario para la preservación del califato islámico y el sultanato otomano ante la amenaza de las potencias europeas”.<sup>10</sup> Para 1920, cuando se proclamó el Pacto Nacional, los nacionalistas renunciaron a sus reclamos sobre las regiones no turcas del imperio. Esta acción complació a los gobiernos europeos, aunque no fue del agrado de los aún líderes otomanos del triunvirato (Enver, Talaat y Djemel). Asimismo, en 1923, la primera enmienda a la Constitución Nacional de 1921 todavía declaraba al islam como la religión oficial de Turquía, a pesar de ya haberse instituido la república.

En las décadas de 1920 y 1930, Atatürk también se abocó a deshacerse de la oposición secular a su régimen. El caso más destacado fue el del Partido Republicano Progresista (PRP), fundado en 1924. La organización del PRP estaba conformada básicamente por antiguos colaboradores de Atatürk, quienes comulgaban con el proyecto nacionalista pero denunciaban las actitudes dictatoriales del presidente. Así, aunque el programa del PRP “clamaba por el respaldo a una república liberal democrática”,<sup>11</sup> Atatürk pudo maniobrar para conservar en exclusiva la legitimidad del proyecto republicano investida en su propio instituto político, el Partido Popular Republicano (PPR). El error fatal del opositor PRP fue el nutrir su militancia con los más feroces enemigos del presidente, es decir, liberales radicales y reaccionarios islámicos deseosos de restaurar el califato. Además, el PRP apoyó a la principal minoría étnica en el país, los kurdos, quienes serían brutalmente perseguidos por el régimen nacionalista.

En 1925, los kurdos se levantaron en armas clamando su independencia. Atatürk no sólo aplastó la revuelta, también tomó ventaja de ella: declaró que la rebelión era “resultado de un complot reaccionario” y acusó al PRP de “convertirse en una fuente de esperanza para la reacción”.<sup>12</sup> Poco después de esto, el PRP fue disuelto.

---

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 86.

<sup>11</sup> Andrew Mango, *Atatürk. The Biography of the Founder of Modern Turkey*, Nueva York, The Overlook Press, 1999, p. 418.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 428-429.

Tanto Díaz como Atatürk utilizaron con destreza el argumento de la legitimidad a fin de impulsar sus respectivos proyectos republicanos. Ambos líderes basaron su estrategia en conductas antidemocráticas y en un autoritarismo ilustrado, al mismo tiempo que engrandecían sus figuras personales. Los dos estaban convencidos de su misión última de transformar a sus países en naciones modernas y progresistas.

#### EL MANEJO DEL ANCIEN RÉGIME

##### *a) Los métodos de don Porfirio*

Cuando Díaz llega a la presidencia en 1876, la República Restaurada estaba lejos de ser un régimen estable y en calma. Ciertamente, los conservadores habían sido desprestigiados tras haber respaldado al imperio de Maximiliano, pero los liberales se encontraban divididos y desconfiaban unos de otros. Díaz estaba preparado para lidiar con ambos problemas. Sabía que los conservadores no habían sido borrados del planeta y reconocía la gran influencia de la iglesia católica sobre la población mexicana. Sin embargo, los vestigios conservadores más rebeldes eran identificados con facilidad como enemigos de la nación, aunque otros miembros de esa facción, no tan violentos como los radicales, serían incorporados al régimen en una maniobra llena de pragmatismo político. Por otra parte, con el objetivo de arreglar las desavenencias con la Iglesia, sin sacrificar la naturaleza secular de la república, el presidente estableció “un pacto implícito con el liderazgo eclesiástico...el cual consistía en la promesa del gobierno de no aplicar al pie de la letra las Leyes de Reforma...en tanto la Iglesia se comprometiera a no apoyar las rebeliones rurales [evitando así] que las revueltas tomaran la consigna de ‘Religión y Fueros’”.<sup>13</sup> Quizá el más vivo ejemplo de este relajamiento en las Leyes de Reforma fue la tolerancia otorgada a las congregaciones católicas para dirigir colegios y escuelas, así como para impartir la materia de religión a sus estudiantes. Asimismo, don Porfirio siguió la máxima de “Dad al César lo que es del César, y

---

<sup>13</sup> François X. Guerra y Mariano Torres Bautista (coord.), *Estado y sociedad en México. 1867-1929*, Puebla, El Colegio de Puebla, 1988, p. 86.

a Dios lo que es de Dios". Por un lado, conservó la prohibición a los sacerdotes de ejercer sus derechos políticos, pero sí consintió el cobro por la prestación de servicios religiosos (matrimonios, bautismos, etc.) y la recolección de limosnas, además de exentar de impuestos a estos ingresos.

Respecto a los liberales inconformes con Díaz, había dos opciones posibles, ya fuera cooptarlos bajo su liderazgo o desaparecerlos de la escena política. Los principales enemigos liberales del presidente fueron los partidarios de Lerdo de Tejada, quienes se levantaron en armas desde el norte del país. La mayoría de estos rebeldes fueron capturados y ejecutados, aunque unos pocos recibieron el indulto de don Porfirio, como el general Mariano Escobedo, héroe del sitio de Querétaro en 1867. Otra rebelión destacada ocurrió en Veracruz, la cual fue violentamente reprimida.

La destrucción o cooptación de los distintos líderes opositores liberales y conservadores, también dio al presidente el absoluto control sobre el ejército, el único grupo capaz de encabezar rebeliones de verdadero peligro para el gobierno y de movilizar a la población contra el régimen.

#### *b) La estrategia de Atatürk contra la tradición islámica*

En la Turquía kemalista, el gobierno nacionalista se encargó de abolir el sultanato, culpable de haber aceptado el Tratado de Sévres, el cual desmantelaba al imperio. El sultanato era una pesada carga para el proyecto nacionalista de unificar al país bajo la identidad turca, porque su jurisdicción incluía a todos los musulmanes establecidos en un vasto territorio entre los Balcanes y las fronteras con Persia. Atatürk estaba decidido a cortar cualquier vínculo religioso entre los turcos y otros grupos étnicos islámicos, rechazando toda idea de pan-islamismo o pan-otomanismo.

Desde su infancia, Kemal mostró su desprecio por las costumbres restrictivas de la ortodoxia musulmana. Aunque su madre, Zubeyde, deseaba para Kemal un futuro como maestro del Corán, el joven Mustafá propició su expulsión de la escuela religiosa donde había sido inscrito y pidió a su familia ser transferido a una institución educativa secular. Había nacido en Salónica, justo en el corazón de los dominios europeos del imperio otomano, el cual se caracterizaba por su diversidad étnica, religiosa y cultural. Ello también implicó un constante contacto con la cul-

tura occidental, cuyo atractivo era muy popular entre los jóvenes musulmanes de la región. Así, Kemal vivió en carne propia las ambigüedades de un ambiente social tan heterogéneo y, varias décadas más tarde, al alcanzar el poder, se obsesionó por diseñar una identidad turca alejada del otomanismo y muy cercana a Occidente.

Kemal y la república no encontraron mucha resistencia contra las reformas seculares que implementarían. En 1924, el presidente, en su calidad de “líder tanto del Legislativo como del Ejecutivo”,<sup>14</sup> abolió el califato de Estambul –piedra angular de la autoridad política otomana–, el Ministerio de Asuntos Religiosos, las cortes de la *shariah* –las cuales se reemplazaron por tribunales civiles–, y las *madrassas* o escuelas islámicas. Dos años más tarde, se adoptó el código civil suizo en sustitución de la *mejallah* o ley de transacciones comerciales instituidas por el régimen otomano.<sup>15</sup> Sería hasta 1928 cuando el parlamento borraría toda referencia al islam de la Constitución nacional.

Atatürk era un político pragmático con la meta muy clara de “consolidar la soberanía nacional, lo cual implicaba la proclamación de la república, aunque esto requería preparar al país...paso por paso”.<sup>16</sup> Kemal quería que los turcos reconocieran la importancia de alejarse de la “superstición” y la ortodoxia islámica. A pesar de ser un opositor a la religión, Atatürk confiaba en sus compatriotas y no le molestaba del todo la práctica del credo musulmán, siempre y cuando no interfiriera con los planes de la república. En una entrevista con la periodista británica Grace Ellison, el presidente turco dijo: “...en ocasiones me gustaría ver a todas las religiones en el fondo del océano. [De todos modos], mi pueblo aprenderá los principios de la democracia, los dictados de la verdad, y las enseñanzas de la ciencia [...] Déjenlos practicar la religión como ellos gusten”.<sup>17</sup>

En su manejo de las instituciones religiosas, tanto Atatürk como Díaz ejercieron políticas pragmáticas basadas en la tolerancia al culto popular tradicional y la separación entre la religión y el Estado.

---

<sup>14</sup> Andrew Mango, *Atatürk. The Biography of the Founder of Modern Turkey*, Nueva York, The Overlook Press, 1999, p. 394.

<sup>15</sup> Richard Pfaff, “Disengagement from Traditionalism in Turkey and Iran”, en *The Western Political Quarterly*, v. 16, n. 1, marzo 1963, p. 87.

<sup>16</sup> Andrew Mango, *op. cit.*, p. 462.

<sup>17</sup> M. K. Atatürk cit. por Grace Ellison en Andrew Mango, *op.cit.*, p. 463.

## EL IMAGINARIO NACIONAL

Enrique Florescano señala que “a través de su existencia, todos los pueblos han elaborado distintas ideas acerca de su pasado, como un recurso elemental para establecerse en el mundo y ser capaces de pensar en el futuro”.<sup>18</sup>

a) *La construcción del pasado mexicano*

En México, durante la primera mitad del siglo XIX, la batalla entre liberales y conservadores tuvo distintos frentes, y el debate sobre la identidad mexicana no escapó a sus desacuerdos. Los liberales creían que la figura del Virreinato de la Nueva España no era útil para la construcción de una idea histórica de México. En cambio, algunos consideraban al pasado precolombino como la verdadera base de la identidad nacional. Por el contrario, los conservadores estimaban que la comprensión de las instituciones coloniales era algo ineludible si México en verdad quería reconocerse como una nación independiente. De esta forma, inspirado por algunos intelectuales mexicanos de su tiempo como José María Vigil y Manuel Larraínzar –quien escribió en 1865 sobre la “necesidad [de compilar] una historia general de México abarcando cada una de sus distintas épocas”<sup>19</sup>–, Díaz patrocinó un proyecto encaminado a encontrar un rasgo común alrededor del cual se pudiera conformar un concepto de unidad mexicana. Díaz vivió durante el apogeo de los nacionalismos europeos decimonónicos, cuyas manifestaciones más destacadas fueron las unificaciones de Italia y Alemania. Estos acontecimientos fueron complejos procesos políticos y sociales diseñados para erradicar las diferencias locales por medio de una tradición, costumbres y prácticas comunes. El presidente Díaz quería un modelo parecido para México. Así, utilizando la historia como su instrumento, don Porfirio reunió a un grupo de distinguidos historiadores, académicos e, incluso, funcionarios gubernamentales –tanto conservadores como liberales–, a fin de encargarles una obra monumental que narrase la supervivencia de la nación mexicana a través de los siglos. *México a través de los siglos*, publicado entre

<sup>18</sup> Enrique Florescano, *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Taurus, 2002, p. 15.

<sup>19</sup> Manuel Larraínzar cit. por Enrique Florescano, *op. cit.*, p. 350.

1884 y 1889, fue el “primer gran mural incorporando los distintos pasados nacionales y el primer trabajo que transmitió un mensaje de unidad, fortaleza y optimismo a los mexicanos”.<sup>20</sup> Tomando en cuenta los bajos niveles de alfabetización durante el Porfiriato, la obra consistió en cinco volúmenes elegantemente ilustrados, a fin de no sólo llegar a los lectores sino también al pueblo analfabeta, quien sería capaz de viajar por la historia mexicana por medio de dibujos, grabados, bosquejos y otros instrumentos visuales.

*México a través de los siglos* describía un ficticio pero convincente *continuum* del país como nación unificada desde los tiempos de la civilización olmeca –varios milenios atrás–, pasando por el Virreinato y el periodo del México independiente, y concluyendo con la “apoteosis del Estado mexicano”, es decir, el régimen de Díaz. Mientras las diferencias políticas eran reprimidas o diluidas, la diversidad étnica y cultural de México era disfrazada tras la máscara de un concepto unificador: el mestizaje. La historiografía porfiriana adoptó al mestizo como la representación ideal de la mezcla entre la herencia precolombina y la civilización europea. Además, don Porfirio se erigía como el “mestizo por excelencia”, manejando esta figura como una “apología del hombre providencial [encargado de] lograr la paz, la prosperidad y el progreso”.<sup>21</sup>

Se elogiaba a las culturas precolombinas y se las equiparaba con las civilizaciones madre de los países europeos, otorgando a México una herencia milenaria procedente de los grandes pueblos mesoamericanos. Europa tenía a los romanos y a los griegos, mientras los mexicanos tenían a los mayas y a los aztecas. Así, la arqueología mexicana tuvo su etapa de esplendor durante el Porfiriato. Por ejemplo, en 1882, el Museo Nacional abrió una nueva sección dedicada a Arqueología e Historia, exhibiendo una rica colección de tesoros y esculturas prehispánicas. Díaz también mostró gran interés por los temas arqueológicos y puso mucha atención en castigar los saqueos del que eran objeto los incipientes sitios prehispánicos descubiertos en su mayoría por europeos y estadounidenses.<sup>22</sup> Por tal razón, en 1897, el presidente decretó una ley de protección a los bienes arqueológicos e his-

---

<sup>20</sup> Enrique Florescano, *op. cit.*, p. 370.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 360.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 360.

tóricos de México, la cual daba al gobierno la completa responsabilidad sobre la exploración, remoción y restauración de monumentos antiguos.<sup>23</sup>

*b) La identidad turca según Atatürk*

Atatürk, líder nacionalista, intentó hallar un vínculo común para todos los turcos, al igual que lo hizo Díaz. Primero, Kemal estableció el origen del pueblo turco en las tribus arias del Asia Central, deslindando cualquier nexo étnico con los invasores otomanos, quienes llegaron a la península de Anatolia cuando los turcos ya estaban asentados ahí.<sup>24</sup> Después, para Atatürk era imperativo impulsar una revolución cultural encaminada a exaltar los valores únicos de la identidad turca, al mismo tiempo que se asociaban lo más posible con las culturas de Occidente y no tanto con su herencia asiática. En 1924, la Universidad de Estambul abrió el Instituto de Turcología, dedicado a encontrar y construir atributos inherentes a la cultura turca. En 1928, el alfabeto árabe fue reemplazado por el latino y, para 1932, con la fundación de la Sociedad Turca de la Lengua, se encomendó a un grupo de prestigiados filólogos la misión de discernir equivalentes turcos a algunas expresiones y vocablos persas y árabes de uso común entre la población.<sup>25</sup>

Otro punto importante en la revolución cultural de Atatürk fue mudar la sede de los poderes de la república de Estambul –la antigua capital otomana– a Angora, la Ancira bizantina –cuyo nombre cambiará a Ankara tras “turquizar” el término. Desde que el emperador Constantino había declarado a Bizancio como capital del imperio romano en 330, Constantinopla mantuvo su estatus de ciudad imperial por más de 1500 años.<sup>26</sup> El denominado “Cuerno de Oro” ha sido uno de los puntos geográficos más importantes en la historia de la humanidad. Este sitio es

---

<sup>23</sup> Luisa Fernanda Rico Mansard, “Proyección de la arqueología mexicana (1880-1910). Descubrir, ordenar y mostrar nuestro pasado”, en *Arqueología mexicana*, v. 10, n. 55, mayo-junio 2002, p. 23.

<sup>24</sup> Bernard Lewis, *The Emergence of Modern Turkey*, Londres, Oxford University Press, 1961, p. 353.

<sup>25</sup> “Más de la mitad de las palabras escritas, y cerca de la mitad de aquellas habladas, eran de origen persa o árabe”, Donald E. Webster, “State Control and Social Change in Republican Turkey”, *American Sociological Review*, IV-2, abril de 1939, p. 255.

<sup>26</sup> Cuando se dividió el imperio romano Constantinopla permaneció como la capital del imperio de Oriente hasta la toma de la ciudad por los otomanos en 1453. Después, el imperio otomano estableció la sede tanto del califato como del sultanato en Constantinopla.

el vínculo entre Europa y Asia, entre Oriente y Occidente. El Estrecho del Bósforo es el puerto de entrada para el comercio mediterráneo hacia los dominios de la poderosa Rusia, y el umbral de salida de los países del Mar Negro al *Mare Nostrum* y al resto del mundo marítimo. “Constantinopla era naturalmente el objeto del deseo de todos, ya que parecía haber sido diseñado por la geografía y la historia para ser la capital de un gran imperio”.<sup>27</sup> Para los otomanos, el cosmopolitismo de Constantinopla era un símbolo de su dominio sobre una enorme diversidad de culturas y etnicidades. Por tanto, Atatürk consideraba incompatible el espíritu nacionalista turco con la ciudad imperial.

Durante las últimas décadas del siglo XIX, la ciudad estaba claramente dividida en dos: Pera, en el sector europeo, y Stambul, en el Asia Menor. Esta separación no sólo era geográfica sino también económica y cultural. Pera era la parte rica y pudiente, donde las élites otomanas, así como la clase empresarial y diplomática europeas, radicaban. Stambul era la zona pobre de Constantinopla donde vivían pequeños comerciantes, mercenarios y miembros de la clase trabajadora. Las marcadas diferencias entre Pera y Stambul resultaban ofensivas para Atatürk, quien procedía de una familia de clase media y había aprendido de las ideas ilustradas a despreciar las ignominiosas diferencias de clase. Tomando en cuenta esto, en octubre de 1923 la Gran Asamblea Nacional, presidida por Kemal, decretó a Ankara como sede del gobierno de la República de Turquía. Poco después de esto, Atatürk declaraba: “Tal vez el Mar Negro entero con sus olas entrará en el Bósforo para inundar todo...Decididamente la república, pase lo que pase, hará de Bizancio otro hombre: al haber estado habituado al engaño, la duplicidad, la mentira y la inmoralidad, ha perdido su estado de naturaleza, su belleza original y su inconmensurable valor, ahora regresará a su estado y pureza naturales”.<sup>28</sup>

Los símbolos, mitos e ideas renovadas son elementos centrales para la construcción del imaginario nacional. Por ejemplo, el ideal protestante de la “ciudad sobre la colina”, fue un componente esencial para la formación de la idea de Estados Unidos. En Japón, la tradición estipula que todos los emperadores descienden

---

<sup>27</sup> Philip Mansel, *Constantinople. City of World's Desire, 1453-1924*, Nueva York, St. Martin Griffin, 1998, p. 2.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 412.

de Jimmu Tenno, un dirigente legendario, hijo de Amaterasu, diosa del sol. La legitimidad divina de los gobernantes como hijos del “Sol Naciente” ha sido un factor de cohesión para construir la identidad japonesa. En Turquía, el establecimiento de una nueva capital pretendía imprimir originalidad al nuevo gobierno nacionalista, terminando cualquier vínculo simbólico con los imperios extranjeros, romano y otomano. Asimismo, Atatürk apeló al mito de la pureza turca y patrocinó una revolución cultural sustentada en la unicidad turca. Atatürk y Díaz utilizaron los conceptos “turco” y “mestizo”, respectivamente, en un intento de homogeneizar la identidad nacional, encima de una diversidad de grupos étnicos.

#### LA BÚSQUEDA DEL RECONOCIMIENTO INTERNACIONAL DE LA NACIÓN

El reconocimiento internacional no es un elemento esencial de la legitimidad gubernamental. Sin embargo, cuando un país enfrenta conflictos o presiones provenientes del extranjero, la presencia de variables fuera del control nacional sin duda interfiere en la consolidación del Estado. Por otra parte, desde el punto de vista de las grandes potencias, en el momento en el que uno de sus vecinos débiles experimenta un periodo de transición, la preocupación primordial de éstas es la permanencia –en la medida de lo posible– de la estabilidad política y social. Históricamente, Turquía y México han estado muy vinculados con los dos grandes bloques de poder en el Occidente contemporáneo: Europa y Estados Unidos, respectivamente. En consecuencia, tanto Atatürk como Díaz se vieron obligados a negociar con sus poderosos vecinos, en primer término, para obtener su reconocimiento diplomático y, después, para construir provechosas alianzas con ellos.

##### *a) Atatürk y Europa*

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la ambición rusa por controlar el Mar Negro y los Estrechos generó dos grandes conflictos internacionales: la guerra de Crimea y la guerra ruso-turca. Años después, aunque el imperio otomano estuvo entre las potencias perdedoras de la primera guerra mundial, los acontecimientos de la época habían traído la desaparición de sus dos grandes rivales regionales: el imperio austro-húngaro y la Rusia tsarista. El triunfo de la revolución bolchevique

hizo de “la Rusia soviética, una potencia antiimperialista, y un nuevo aliado para Turquía”.<sup>29</sup> En marzo de 1921, el gobierno bolchevique firmó un acuerdo de amistad con el régimen nacionalista de Ankara. Por un lado, la política no expansionista de la Unión Soviética en las décadas de 1920 y 1930 jugó en beneficio de la república turca. Por otra parte, el proyecto nacional de Atatürk estableció que “la política exterior turca estaría basada no en la expansión sino en la retracción de sus fronteras”.<sup>30</sup> Esto fue percibido por los soviéticos como una señal de tranquilidad para la estabilidad de su frontera sur en el Mar Negro y el Cáucaso.

Francia y Gran Bretaña, los principales ganadores del conflicto de 1914, al finalizar la guerra estaban preocupados por el estado de constante inestabilidad en la península de Anatolia. Aunque París y Ankara habían firmado un tratado de amistad en 1921, Londres se mostraba escéptico respecto a la capacidad del régimen nacionalista turco para mantener la estabilidad en el país. Sería hasta 1923 cuando, antes de la proclamación oficial de la República de Turquía, el gobierno británico otorgó su reconocimiento implícito a Ankara tras la firma del tratado de Lausana. Una de las cláusulas más importantes de dicho pacto era la anuencia de Turquía para desmilitarizar los Estrechos, un signo de buena voluntad de los turcos ante los ojos franceses y británicos, al mismo tiempo que un motivo más para cambiar la capital de Constantinopla a Ankara. La zona desmilitarizada del Bósforo no era un lugar seguro para la capital.

Otra preocupación para Francia y Gran Bretaña era la estabilidad de las fronteras turcas en las regiones contiguas a Siria e Irak, entonces naciones de reciente creación y bajo control de estas potencias. Atatürk convenció a París y a Londres de que la principal fuente de inestabilidad en la zona era la minoría kurda. Por tal motivo, la política de represión de Ankara frente a este grupo fue bien tolerada por franceses y británicos y se olvidó el proyecto de un Kurdistán independiente.

Atatürk también quiso mostrar al mundo que su política exterior se atendería a principios multilaterales y pacifistas. Desde su admisión a la Liga de las Naciones en 1932, Ankara participó activamente en un importante número de negociacio-

<sup>29</sup> Blanco Villalta, *Kemal Atatürk*, Buenos Aires, Agón, 1981, p. 426.

<sup>30</sup> Patrick Balfour, *Atatürk: a Biography*, Nueva York, W. Morrow and Sons, 1965, p. 3.

nes –de buenas intenciones aunque infructuosas–encaminadas a la solución de disputas internacionales como el establecimiento del Manchukuo japonés en China y la invasión italiana de Etiopía. Este espíritu prevalecería hasta después de la muerte de Atatürk, cuando Turquía se declara neutral en la segunda guerra mundial. Este comportamiento es una muestra de cómo Atatürk legó una conducta institucional de Estado, la cual trascendió su desaparición física.

*a) Don Porfirio y Washington*

El gobierno de Estados Unidos condicionó el reconocimiento del régimen de Díaz al pago de compensaciones satisfactorias para las autoridades y ciudadanos norteamericanos afectados en su propiedad y personas durante las rebeliones de Tuxtepec y La Noria. Asimismo, Washington exigía el pago de reclamaciones ya autorizado por el presidente Juárez en 1868, las cuales cubrían daños y perjuicios por la Guerra de Reforma y la intervención francesa. Díaz accedió y, hacia el final de su primer periodo presidencial, no únicamente había conseguido el reconocimiento de la Casa Blanca a su gobierno, sino que además su actitud le aseguró la confianza de muchos empresarios estadounidenses y atrajo una importante suma de inversiones para infraestructura –ferrocarriles, telégrafos y puertos marítimos.

Al contrario de lo ocurrido con Atatürk, al final Díaz no pudo mantener la estabilidad en el país –en buena medida porque su dictadura duró más del doble de tiempo que la del turco–y mucho menos conservar su imagen como “padre del Estado-nacional”. Cuando la salud de Kemal comenzó a deteriorarse, él decidió preparar la transición y cedió el poder a uno de sus más cercanos colaboradores, garantizando –al menos en el futuro inmediato–la continuidad de su obra. Don Porfirio no tuvo la “suerte” de recibir ayuda de la muerte inminente y decidió aferrarse al poder. Esto preocupaba a Estados Unidos porque, ante la avanzada edad del presidente y el creciente ambiente de descontento social presente en la década de 1900, un eventual deceso de Díaz podría significar la precipitación de estallidos armados en contra del gobierno y generar una inestabilidad indeseada en Washington. Entonces, en 1909, el presidente norteamericano, William Taft, concertó una reunión con Díaz en la frontera binacional para discutir, entre otros

asuntos, el tema de su sucesión. Tras dicho encuentro, Taft declaró: “Me temo que al morir sin sucesor (Díaz) estalle una revolución para encontrarlo”.<sup>31</sup> El mayor temor de Taft era el futuro de los cerca de 2,000 millones de dólares invertidos en aquella época por ciudadanos y compañías estadounidenses en México. Por desgracia, las palabras del jefe de la Casa Blanca fueron premonitorias.

#### SENDEROS SIMILARES, DISTINTOS LUGARES EN LA HISTORIA

Indudablemente, Porfirio Díaz dejó una estructura básica para la consolidación del Estado mexicano. No obstante, el descontento social, las encarnizadas disputas por la sucesión presidencial y la inconformidad de algunos sectores de la élite política, en particular aquellos del norte del país, desencadenarían el inicio de la lucha armada revolucionaria de 1910. La Revolución Mexicana retrasaría el proceso de consolidación del Estado hasta 1929, cuando un grupo de líderes militares y caudillos decidieron dar el siguiente paso hacia la construcción del Estado mexicano, es decir, la creación de instituciones fuertes, aunque *ad hoc*, bajo la estructura de un partido político único: el Partido Nacional Revolucionario –actual PRI.

Por su parte, Atatürk secularizó el Estado turco, le dio forma y, sobre todo, fue capaz de proteger la continuidad de su proyecto político hasta después de su muerte. En 1938, sabiéndose enfermo y cerca de la muerte, decidió ceder el poder poco a poco a su primer ministro y hombre de confianza, Ismet İnönü. İnönü heredaría no sólo la solidez de las instituciones estatales de la república, sino también la legitimidad política de su predecesor. Sin embargo, los sucesores del primer presidente turco tendrían que enfrentar la coyuntura de la segunda guerra mundial, sus consecuencias, el surgimiento del expansionismo soviético, así como los pros y contras de estar justo en medio de la esfera comunista y la del “mundo libre”. Sin duda, una de las ventajas fue la constante preocupación de Estados Unidos y la Alianza Atlántica por garantizar la estabilidad política y social en Turquía—ciertamente utilizando cualquier medio como tolerar gobiernos militares—, a fin de evitar su caída en la influencia soviética.

---

<sup>31</sup> William Taft cit. en Ernesto De la Torre Villar, “Segundo periodo presidencial de Díaz”, en Miguel León Portilla (ed.), *Historia de México*, México, Salvat, 1974, p. 265.

México y Turquía siguieron senderos muy parecidos en cuanto a sus procesos de construcción del Estado. Ambos países requirieron de líderes dictatoriales para asegurar –por los medios necesarios– la estabilidad de su nación y poder edificar sus proyectos políticos. Tanto Atatürk como Díaz debieron luchar contra poderosas instituciones del pasado –seculares y religiosas–, enfrentaron el reto de generar una identidad nacional inexistente como una herramienta de unidad entre la población, y maniobraron a fin de lidiar con un contexto internacional más o menos adverso.

Mientras Mustafá Kemal es hasta nuestros días un héroe nacional y es considerado “Padre de los Turcos”, Porfirio Díaz sigue siendo catalogado como el dictador por excelencia y muchos mexicanos, influidos por la educación posrevolucionaria, identifican al Porfiriato como una era oscura para México. La figura de Atatürk aún es objeto de admiración en Turquía, aunque de resentimiento entre quienes fueron afectados por sus políticas. Por otro lado, el legado positivo de Díaz fue degradado por la historiografía patria mexicana. Los abusos y la represión cometidos en ambas dictaduras son tan innegables como reprochables. Sin embargo, a pesar de la subjetividad inmanente a la interpretación histórica –magistralmente utilizada por ambos personajes–, en un acto de honestidad intelectual, es necesario diluir, en la medida de lo posible, las visiones maniqueas y extrahumanas de nuestro romanticismo histórico. En tanto se continúe negando el carácter humano de los protagonistas de la historia, nunca podremos llegar a aprender de ella. ❧